

EL PIDUCO

DESDE el puente Walton he estado mirando el Piduco, lo he visto marchar apresurado por entre sus altos acantilados, enredándose en las zarzas o acariciando las ramas de los sauces, hacia su destino. No es ahora el estero cristalino que encontrara don Tomás Marin de Poveda, ni es el agua mansa a que debe su nombre, pues "Piduco" en lengua aborigen significa "agua lenta", y recuerdo una hermosa leyenda que sobre él guardan los viejos de esta tierra de contrastes. Pero antes voy a anotar la leyenda que encontré en el monumento a la Bandera, que los talquinos, muy picaros, llaman el monumento "al palo", aludiendo a una gran asta para la bandera, que hay en el extremo del obelisco. La inscripción dice:

"Talca fué fundada en 1692 por el Gobernador de Chile, don Tomás Marin de Poveda, Marqués de Cañada Hermosa. En 1742 fué repoblada por el Conde de Superunda, don José Manso de Velazco, Gobernador de Chile, en los terrenos cedidos gratuitamente por los Padres Hermitaños de San Bartolomé de la Buena Muerte, entre el Piduco y el Baeza. El Capitán General de Chile, don Manuel de Amat y Juniet, concedió en 1760 el Escudo de Armas a la Villa de San Agustín, de Talca. El 6 de junio de 1796 el Rey Carlos IV concedió a la Villa de San Agustín, de Talca, el título de ciudad y por una real cédula, el 6 de diciembre del mismo año, la merced de llamarse "muy noble y muy leal".

Y explicado el papel preponderante que el Piduco tuvo en el origen de la muy noble y muy leal ciudad de San Agustín de Talca, a la que puede decirse arrulló con el rumor de su corriente, expresaré la leyenda sue tiembla como un ensueño en los labios ancianos:

"La ciudad había crecido; oro puro bajaba de "El Chivato"; la tierra daba frutos ópimos y los caldos de los lagares bizzarrias e incoherencias. El tapete reunía los jugadores por centenares y los cantos y las invitaciones al pecado traspasaban todos los instintos. Peleaba la gente, bandidos de romance cruzaban los caminos y todos vivían el momento sin preocuparse poco ni mucho de lo que algunos ilusos llamaban el porvenir. En vano las campanas derramaban sus místicas llamadas. Las oraciones carecían de fuerza y el incienso se desvanecía dentro de los templos. Aquella gente seguía envuelta en su torbellino de placeres.

Las mujeres, que eran—y siguen siendo hermosas—de un tipo inconfundible, no llamaban la atención de ninguno de esos mozos despreocupados. El libro de los matrimonios estaba siempre cerrado. Aumentaba, sí, la población, pero aunque venida de Dios, era ilegal ante los hombres. Las más lindas muchachas estaban desesperadas. Un día cualquiera se reunieron para pensar en lo que debían hacer para poner en vereda a los terribles casquivanos, y en sus tribulaciones se acordaron de San Antonio.

Con el fervor que les daba su deseo de matrimoniar, pidieron al santo una solución, y muy confiadas se fueron a sus ca-

sas, y he aquí que un sueño igual penetró a sus alcobas solitarias, donde en vez de niños, existían muñecas.

El sueño fué el siguiente:

Se les aparecía el santo y les decía que fueran a bañarse al Piduco, pero debía ser enteramente desnudas. Entonces los hombres iban a mirarias y cada uno pagaría su curiosidad con la sagrada coyunda del matrimonio.

Reunidas nuevamente se relataron el sueño, que habría sido igual. Una dijo:

—Pero, niña, ¿cómo nos vamos a presentar así, como nos echaron al mundo? Yo tengo vergüenza.

—Yo también, arguyó otra, pero, por encima de mi vergüenza están los 30 años que ya se me vienen encima. Además, el santo nos lo ha indicado.

Acordaron obedecer y ese día fué la fiesta más grande que ha habido en Talca.

Los mozos acudieron en tropel, vieron que eran hermosas, que brillaban como estrellas al sol y corrieron detrás de ellas... y con ellas hacia la Vicaría. Se casaron por centenares, hubo hogares bendecidos y las fiestas del vicio cesaron como por encanto.

El santo había hecho el milagro.

A. ACEVEDO HERNANDEZ.